

Nuestros lectores, que son afortunadamente de los que no se dejan influenciar tan fácilmente y saben leer entre líneas, comprenden perfectamente que no hay elección posible entre la opinión de "Time" y de su grupo de informantes, por muy autorizada que parezca y la opinión del P. General de la Compañía de Jesús, el cual antes de hablar en el Concilio se ha asesorado de peritos mucho más conocedores del problema que lo pueden estar un grupo de periodistas de una revista profana y anticatólica y dos o tres teólogos más; la opinión de otros muchos Padres Conciliares que han intervenido en la sesión donde se debate el esquema de la Iglesia en el Mundo Moderno: la opinión del Papa Paulo VI, que también parece debe estar al corriente de lo que conviene a la Iglesia (y que fué quien dió esta consigna a los Jesuitas, no sólo al P. General, de unir sus fuerzas en oposición valiente al ateísmo); del Papa Juan XXIII, que coincide en su preocupación con Paulo VI, como puede verse en las palabras citadas por el P. Arrupe; del Papa Pío XII, que en sus radiomensajes se cansó de repetir la necesidad de hacer frente al peligro del ateísmo moderno; de Pío XI, su predecesor en "Caritate Cristi", etc. Estos testimonios de los Papas pudieran multiplicarse, pero creemos que basta lo dicho para saber hacia dónde debe inclinarse el juicio de todo lector sereno e imparcial, que se halle bien documentado.

Pongamos, de una vez, las cartas boca arriba. Lo mismo en este problema que en otros que se están debatiendo en Roma, estas propagandas estilo "Time" se hallan empeñadas en prevenir arteramente las decisiones finales del Concilio, "creando" la llamada "opinión pública" a su gusto y presionando de este modo la opinión de los Padres Conciliares, para forzarles a decidir las cosas como ellos quieren. Y todo esto en nombre de la "Libertad de Opinar". Si las "intolerantes" intervenciones de los poderes seculares de otros tiempos han desaparecido, con gran contento de los partidarios de la independencia de la Iglesia, en su lugar existen otras mucho más peligrosas y probablemente mucho más difíciles de evitar.

La muerte del Dr. Schweitzer.

En Lambarené en el interior de la selva de Gabon ha muerto el famoso Dr. Schweitzer. Este misionero protestante tenía 90 años y había trabajado durante 52 años en atender a los enfermos nativos.

La prensa mundial se ha hecho eco de este acontecimiento alabando extraordinariamente su labor, cosa que encontramos muy justificada. El Dr. Schweitzer merece toda nuestra admiración y nadie ha intentado regateársela, aunque es cierto que su actitud

respecto al cristianismo no era lo más a propósito para ayudar a protestantes y católicos en su labor de evangelización.

Con todo, es de admirar el que sólo estos ejemplos encuentren eco en la prensa internacional, cuando hay muchos parecidos al mismo entre los misioneros seculares, médicos muchos de ellos y laicos y sacerdotes, que están trabajando en condiciones parecidas.

Todavía hace muy poco tiempo, escasamente dos años, que moría en la inmensa leprosería de Culión en las Islas Filipinas, que abarca un total de 3.000 leprosos, el P. Joaquín Vilallonga, jesuita eminente que antes de recogerse a la leprosería tuvo a su cargo las misiones de Bombay y Ahmedabad en la India y rigió como Provincial la parte de España llamada Provincia de Aragón. A pesar de ser bien conocido en el mundo entero y en especial en EE. UU., donde se graduó de Doctor en teología, y donde en 1948 abrió la sesión del Senado con la acostumbrada oración a Dios Omnipotente, y en Manila, donde residió como Provincial durante muchísimos años, su muerte ha sido ignorada por la gran prensa mundial.

Casos como este, de misioneros que llevan sesenta, setenta y más años dedicados al bien de los nativos, son frecuentísimos lo mismo en Asia que en Africa. Es realmente extraño el que en estas ocasiones nada se diga de ellos.

América Latina ¿es latina?

Con este título escribe el Dr. Roberto Ricard, Profesor de la Universidad de la Sorbona de París, un artículo que ha visto la luz recientemente. Su tesis es que tal nombre es totalmente inexacto. Puesto que España y Portugal han dado a los países de la llamada "Latinoamérica" sus rasgos más fundamentales, su carácter, su lengua y su religión, sería mucho más exacto el llamarla Iberoamérica, aunque hoy existen minorías étnicas de tantos países distintos que fácilmente pudiera considerarse la nacionalidad de estas regiones como constituyendo un tipo distinto, tanto al latino como al de origen sajón.

Esta expresión de "América Latina" tiene tan solo un valor negativo. Como los Estados Unidos han monopolizado abusivamente el nombre de "América" para su nación, ha sido necesario inventar una fórmula para designar todo lo que no es Canadá y EE. UU., una América que se llama latina, para distinguirla de la que se llama simplemente "América", y que en realidad es tan sólo la parte anglosajona del continente.

Concluye este autor diciendo: hoy es ya imposible el cambiar esta denominación, pero al menos conviene hacer notar que es totalmente inexacta y grosera.